

ESPINOSA, PEDRO (1578-1650)

POESÍA DEL AMOR PROFANO

ÍNDICE:

Soneto al Guadalhorce y su pastorcilla
Soneto a la salida de su dama al campo en el mes de diciembre
Soneto a la mirada rigurosa de su señora
Soneto a la boca y ojos de su dama implorando piedad
Soneto a Antonio Mohedano pidiéndole que pinte a su dama
Madrigal a los cabellos de su dama
Madrigal a un arroyo, porque sonó el nombre de Laura en sus orillas
Madrigal al sol sobre su dama
Canción, a manera de boscarecha, dedicada a Crisalda
Epístola al licenciado Antonio Moreno recordando los tiempos felices de sus amores
Soneto, imitación del Tasso, a las rosas
Soneto sobre la belleza frágil y percedera

POESÍA DEL AMOR PROFANO

Soneto al Guadalhorce y su pastorcilla

Honra del mar de España, ilustre río
que con cintas de azándar y verbena
ciñes tu margen, de claveles llena,
haciendo alegre ultraje al cierzo frío,

si ya con tierna planta y dulce brío
vieres la ingrata, causa de mi pena,
hurtar tus perlas y pisar tu arena,
baña sus huellas con el llanto mío.

Así la Aurora vierta por tu orilla
canastillos de aljófar y esmeraldas,
olor las auras, flores el verano.

Y, si esto es poco, así mi pastorcilla,

cuando tus lirios ponga en sus guirnaldas,
te dé licencia de besar su mano.

Soneto a la salida de su dama al campo en el mes de diciembre

Llegó diciembre sobre el cierzo helado
y de flores el campo vio vestido,
y la redonda llama del sol vido
sin luz, y el cielo de otra luz honrado.

Paróse el mes en felpas aforrado,
por mirar el milagro nunca oído,
cuando a mi Sol de lumbre vio ceñido,
que el cielo alumbra, que enriquece el prado.

La admiración de maravillas tantas
obligó al mes, y el caso, sin segundo,
a contemplar la luz del claro rayo,

mas huyó luego con veloces plantas,
porque, mudando el natural del mundo,
se iba ya convirtiendo en mes de mayo.

Soneto a la mirada rigurosa de su señora

Levantaba, gigante en pensamiento,
soberbios montes de inmortal memoria
para escalar el cielo, en cuya gloria
procuraba descanso mi tormento,

cuando bajaron rayos por el viento,
vestidos de venganza y de victoria,
y, renovando de Tifeo la historia,
la máquina abrasaron de mi intento.

Y ya Paquino, Lilibeo y Peloro
me oprimen con pesada valentía,
y mi pecho es ardiente Mongibelo.

Perdón, señora, pues mi culpa lloro;
no mostréis más, que son, a costa mía,
vuestrós ojos los rayos, vos el cielo.

Soneto a la boca y ojos de su dama implorando piedad

El Sol a noble furia se provoca
cuando sin luz lo dejas descontento,
y, por gozarte, enfrena el movimiento
el aura, que de gloria se retoca;

tus bellos ojos y tu dulce boca,
de luz divina y de oloroso aliento,
envidia el claro sol y adora el viento,
por lo que el uno ve y el otro toca.

Ojos y boca, que tenéis costumbre
de darme vida, honraos con más despojos;
mi ardiente amor vuestra piedad invoca.

Fáltame aliento y fáltame la lumbre.
Prestadme vuestra luz, divinos ojos.
Beba yo vuestro aliento, dulce boca.

Soneto a Antonio Mohedano pidiéndole que pinte a su dama

Pues son vuestros pinceles, Mohedano,
ministro del más vivo entendimiento,
almas que le dan vida al pensamiento
y lenguas con que habla vuestra mano,

copiad divino un ángel a lo humano
de aquella que se alegra en mi tormento,
porque tenga a quien dar del mal que siento
las quejas que se lleva el aire vano.

Cuando el original me diere enojos,
quejaréme al retrato, que esto medra
quien trata amor con quien crueldades usa.

Mas temo que quedéis, viendo sus ojos,
como quien vio a Campestre, o a Medusa:
enamorado, o convertido en piedra.

Madrigal a los cabellos de su dama

En una red prendiste tu cabello,
por saltador de triunfos y despojos,

y, siendo él delincuente,
lo sueltas, y me haces de él cadena.

No fíes de él, oh lumbré de mis ojos,
que es lazo, y mucho se te llega al cuello;
llégalo al mío, y pagaré la pena,
porque diga el Amor, siendo testigo,
que mi premio nació de su castigo.

Madrigal a un arroyo, porque sonó el nombre de Laura en sus orillas

Pobre viste, perdiendo tu decoro,
arroyuelo gentil, con noble pena,
lecho y margen sin oro ni verbena,
agua sin lustre, arena sin tesoro.

Mas ya miras riquezas al trasfloro
después que el nombre de mi Laura suena,
en lecho, en agua, en margen, en arena,
de perlas, de cristal, de flores, de oro.

Madrigal al sol sobre su dama

Vuela más que otras veces,
sol, desenlaza libre tu presteza,
y mira no tropieces
en tu misma furiosa ligereza.

No alcancen a tus postas voladoras
con pies de viento las sucintas horas;
que con más honra volarás rogado
que de mi sol vencido y afrentado.

Canción, a manera de boscarecha, dedicada a Crisalda

Selvas, donde en tapetes de esmeralda
duerme el verano alegre,
plantas cuyas cortezas
ilustré con el nombre de Crisalda,
calvos peñascos, voladoras aves,
templadores arroyos
en cuyas verdes márgenes
os convidé a mis glorias:

ahora os llamo a que miréis mis lágrimas,
vueltas en cautiverio mis vitorias,
y en fuego, mi esperanza.
¿Cuándo oísteis decir de tal mudanza?

Pájaros, fuentes, peñas, plantas, selvas,
pues ayer, escuchándome,
vosotras, selvas, me ofrecistes auras,
vosotros, verdes árboles, silencio,
y por oírme os acercastes, peñas,
vosotras, claras fuentes, os parastes,
y las plumas al viento le negastes
vosotros, dulces pájaros:
muévaos mi daño a lástima,
pues aquel basilisco
con entrañas de hierro
derramó por mi seno su ponzoña,
en apariencia angélica,
y agora, como Hércules,
muero con la camisa del Centauro,
y no de verde lauro
coronado veréis mi monumento;
mas de cenizas débiles:
que en fuego me consumo.
Iré con mi esperanza envuelta en humo,
sin las exequias flébiles
que la piedad ofrece a los difuntos.
Llorad, en tanto, juntos,
selvas, plantas, peñascos, fuentes, pájaros.

Encanto de estos montes,
¿qué te movió a matarme
y a colgar en tu carro mis despojos?
¿Por qué, si vides tus divinos ojos,
no merecí librarme,
como quien vido al rey, yendo al cuchillo?
¿Pídote yo la grana de tus labios
ni el azahar de tu oloroso aliento?
¿De tus mejillas, púrpura y jazmines?
No, sino el resplandor de aquestas luces,
de cualquiera trabajo dulce premio.

Yo haré mis gemidos
por bárbaras naciones conocidos;
mas callaré tu nombre:
que no has de ganar fama con mis males.

Y yo sé que son tales,
que he de ver trasladarlos a los cielos,
por la color que tienen de mis celos,
en donde, orlados de oro,
acompañando a las lucientes Híades,
ornarán la cerviz del rubio Toro;
y, yo a tus manos muerto,
tú imitarás a las demás mujeres;
y en la dureza, a las columnas frías.

Mas ¿puede haber crueldad en rostro angélico?
En pecho de ángel ¿puede haber mudanza?
Bien que el dolor me ha puesto en tanto extremo,
que de rabiosas quejas
henchí los aires anchos;
la adoración negué a tu casa y rejas;
mas era corno esclavo fugitivo,
bellísima Crisalda,
pues que las libertades que fingía
trueca agora el amor en duras cárceles,
desde donde despacho peticiones
al tribunal sagrado de tus ojos.

Ya un tiempo vide yo de claras lágrimas
ricos tus bellos nácares,
pomas en los altares de mi ausencia;
ya un tiempo mi presencia
granjeaste con votos
y en los templos de Cipria
quemaste con devota reverencia
bálsamo de Judea, incienso arábigo,
porque ni yo adorase otra belleza,
ni tardase a tus brazos.

¿Los venenos de Colcos,
las yerbas de Tesalia,
por ventura, hurtaron tu memoria?
¿No fue mi padre el Caucasos?
¿No trebejé los pechos de las tigres?
Mira que aun no me falta entendimiento
para tu gloria y el dolor que paso.
Detén, no hagas caso
de ser sólo tan falto de ventura;
que si el airado cielo me la niega,
puedes hacer aún más que el cielo mismo,
concediéndome tanta,

que des a mi mal gloria, al cielo envidia.

Yo grabaré tu nombre en cedro y mármores,
y levantaré templos
donde a tu bella imagen
tendrán, desde los blancos alemanes
hasta los turquesados agatirsos,
en santa y religiosa reverencia;
que tanta es de los versos la excelencia.

Y, en tanto, a mis querellas
no cierres con las palmas los oídos,
pues no hay dios tan de bronce,
que no se ablande a los humildes ruegos,
o no agraden los humos de los fuegos
que encienden en sus aras.
Y, pues que con los dioses te comparas,
recibe el corazón, ardiendo en víctima,
o gusta que lo ofrezca en tus altares;
que tal favor divino
al alma será gloria, al cuerpo epítima.

Si es indicio de penas mal sentidas
saber decir un hombre lo que siente,
y si en las pastoriles boscarechas
cabén también pasiones ciudadanas,
no te admire el ornato de mis versos.

Epístola al licenciado Antonio Moreno recordando los tiempos felices de sus amores

Tú que huellas el oro de las márgenes
del Betis, rico de olivares pálidos,
¡oh tú, hijo de Euterpe!,
oye la furia inexorable, indómita,
de una africana sierpe,
y juntamente escucha los agravios,
que en mis ojos y labios
son testigos crueles de mi ofensa.

Adoré una belleza tan inmensa,
que a la hermana de Júpiter
inquietó con envidias y con celos,
y del dios, que a los cielos
con sus doradas ondas
de claridad embiste los cristales,

hurtó la lumbre y despreció los brazos.
Yo, mientras, en dulcísimos abrazos,
bebía sus palabras,
formadas entre perlas y rubíes.

La blanca luna, ornato de los bosques,
testigo de mi bien, oyó mil veces
los firmes juramentos que quebranta.
¿Quién vido, Antonio, tan ligera planta,
que sobre las aristas y las ondas
desafíe los vientos?
¿Oíste ya decir de una Atalanta
que hizo perezoso al Euro scítico?
Así esta fiera indómita
huyendo va de mí por estos montes
como ligera cierva,
que aun no ofende las puntas de la yerba.

Ya un tiempo vide yo de claras lágrimas
ricos sus bellos nácares,
pomas de los altares de mi ausencia;
ya un tiempo mi presencia
granjeó con mil votos
y en el templo de Cipria
quemó, con religiosa reverencia,
bálsamo de Judea, encienso arábigo,
porque ni yo adorase otra belleza,
ni tardase en volver a ver la suya.

Mas así goce la presencia tuya,
que mil veces culpé las horas raudas,
porque, a mi parecer, habían trocado
volantes plumas por pesado plomo,
nobles efetos de amoroso fuego;
mas ella, viendo luego
que yo tardaba tanto,
de inmortal amaranto,
de blanco bulbo y de silvestre mirto
y de sidonio acanto
colgó por los altares y las bóvedas
coronas y festones,
donde venció a la afeminada Chipre
en devoción ardiente.

Pues cuando, en los palacios del Oriente,
sobre alcatifas blancas

encarnados cojines
puso el pardo crepúsculo al Aurora,
¿y el viento cudicioso,
no hurtó de su boca el nombre mío?
O, cuando los caballos
que están apacentados de rocío
bordaron de matices,
con la lumbre que arrojan sus narices,
el monte verde, el cristalino río,
¿qué, no preguntó por mí a los árboles?

Tú, que en dureza vences a los mármoles,
cuando el sol, de la noche su enemiga,
iba huyendo, por la tarde abajo,
a zabullirse en las azules ondas,
¿qué, no escribiste en las cortezas rústicas
con tu nombre mi nombre?
¡Yo, yo soy aquel hombre
a quien después bañaste rostro y labios
de dulces besos húmidos!

¡Yo soy quien en tus faldas,
coronado de flores que traen sueño,
de tu aliento gocé preciosos ámbares!
¡Yo, aquel que te adoré; yo, el que te adoro!
¿Cuándo en Getulia el infelice moro
vido mayor fiereza?
¿Crió tan fiero monstruo
el padre de las aguas Oceano?
¿Fue el Cáucaso tu padre?
¿Trebejaste los pechos de las tigres?
¿Los hechizos de Colcos
mudaron tus entrañas?

Bien como al cierzo las palustres cañas
se mueven, te mudaste:
la risa, en acedísimas palabras;
la dulce vista, en frente melancólica;
mas no podrás quitarme,
entre los otros bienes,
la gloria de matarme tus desdenes.

Dan rubias mieles los panales rubios;
la primavera, flores;
mas yo daré querellas,
mientras que las estrellas

parezcan desde el suelo
tembladoras centellas;
mientras, parados del redondo cielo
los dos quiciales de oro,
lleven los navegantes
por el camino donde no hay camino.
Mas, pues mi sol divino
ya me niega su lumbre,
con triste noche tapiaré mis ojos.

Ves aquí, Antonio amigo, mis enojos,
tan mal pintados cuanto bien sentidos,
porque me tengas lástima,
que es el más triste bien de los perdidos.
Mas, ya dejando aparte mis pasiones,
a aquel que con destrísimos pinceles
hurta a su entendimiento los conceptos,
cuya fatiga vence a la de Apeles,
y a aquel de cuya Cueva
salió el león Fernando
a ganar gloria y deshacer agravios,
y de ti, Antonio, y del amigo Torres,
las manos beso con humildes labios.

Soneto, imitación del Tasso, a las rosas

Estas purpúreas rosas que a la Aurora
se le cayeron hoy del blanco seno,
y un vaso de pintadas flores lleno,
oh dulces auras, os ofrezco agora,

si defendéis de mi divina Flora
con vuestras alas el color moreno,
del sol, que, ardiente y de piedad ajeno,
su rostro ofende porque el campo dora.

Oh hijas de la Tierra, peregrinas:
mirad si tiene mayo en sus guirnaldas
más frescas rosas, más bizarras flores.

Llorando les dio el alba perlas finas;
el sol, colores; mi afición, la falda
de mi hermosa Flora, y ella, olores.

Soneto sobre la belleza frágil y perecedera

Con planta incierta y paso peregrino,
Lesbia, muerta la luz de tus centellas,
llegaste a la ciudad de las querellas,
sin dejar ni aun señal de tu camino.

Ya el día, primavera y sol divino,
de tus ojos, tu labio y trenzas bellas,
dieron al agua, al campo, a las estrellas,
luz clara, flores bellas, oro fino.

Ya de la edad tocaste tristemente
la meta, y pinta tu victoria ingrata
con pálida color el tiempo airado.

Ya obscurece, da al viento, vuelve en plata,
de los ojos, del labio, de la frente,
el resplandor, las flores, el brocado.